

Nuestro distinguido amigo y consocio residente en los Angeles, el señor R. L. Beardsley, nos ha mandado una documentación copiosa sobre este simpático movimiento, que otro día daremos a conocer desde estas páginas y del cual tienen ya noticia nuestros consocios que asisten a «Reuniones Selectas».

Creemos, pues, que está a punto de iniciarse una nueva era en el campo de la divulgación astronómica. Aquella en que dejarán de ser en corto número los escogidos disponiendo de telescopios y en que este magnífico instrumento de observación y otros muchos aparatos de óptica y astrofísica figuraran en todos los hogares haciéndolo

se tan indispensables para el hombre culto del porvenir como hoy día el receptor de radio.

De ser así, ¡cuántas posibilidades para la ciencia astronómica! Porque, si bien es cierto que dada la situación de nuestros conocimientos actuales se requiere una preparación rigurosa para el astrónomo profesional, también lo es que siendo en tan gran número los astros susceptibles de ser observados, y los problemas que sugieren, toda colaboración será de inapreciable valor para la Ciencia.

F. Armenter de Monasterio

De la Soc. Astr. de España y América

## Los últimos días del sismólogo Omori

Sin preverlo, ni pretenderlo, ha sucedido que en los últimos cuatro meses de la vida de Omori el sacerdote católico que ha tenido más trato con él ha sido el que suscribe. Durante los dos últimos meses que convivimos y nos tratamos observé algunos rasgos de su carácter, anoté algunos hechos y recogí algunas ideas que no será fuera del caso dejar aquí consignadas, con provecho de los lectores y honor del ilustre finado.

*A bordo del Yoshino Marú.* — El viernes 20 de julio de 1923 llegaba a Manila el vapor japonés *Yoshino Marú* con una delegación de sabios japoneses comisionados por los gobiernos de Japón y de Formosa, para asistir al segundo Congreso Pan-Pacífico de Australia. Omori, que iba de jefe de los sismólogos, se apresuró a hacer una visita al Observatorio de Manila. A las 11 de la mañana del día siguiente zarpaba el *Yoshino Marú* para el Sud con rumbo a Zamboanga, llevando a bordo la comisión que Filipinas enviaba al Congreso, compuesta de los Doctores Merrill, Youngberg, Manalag, Elicaño y del que suscribe. Durante los 16 días de travesía desde Manila a Sydney, con escala en Zamboanga, Thursday Island, Townsville y Brisbane, observé que dos ideas absorbían toda la atención de Omori: una de orden social, otra puramente científica.

El problema social que le preocupaba era el del socialismo. La amistad mutua y mi profesión sacerdotal le brindaban la ocasión (que Omori aprovechaba con frecuencia) de preguntarme cómo se podría infundir en el corazón del pueblo, mayormente ignorante, el respeto a la autoridad y a la propiedad, por qué caminos había venido la sociedad actual a renegar de aquellos principios de autoridad y obediencia que antes la gobernaban y daban estabilidad, qué medios deberían adoptarse para atajar la corriente de insubordinación y anarquismo que amenaza con la destrucción de la familia y del estado. Cuántas veces, paseando por las galerías del *Yoshino Marú*, se me quejaba amargamente Omori de la falta de respeto que los hijos de hoy demuestran a sus padres y cotejaba la docilidad y agradecimiento de los discípulos de la Universidad, 25 años atrás, con los caprichos, antojos y rebeldía de los alumnos de hoy. ¿Cómo es posible que en un país como el mío, donde la persona del emperador es objeto de culto, hay quien se atreva a desacatar las autoridades por él constituidas? Qué será de mi país el día en que las masas populares no vean en el Emperador más que un ser mortal, sin vestigio de autoridad superior, y se lancen turbulentas y sin freno al pillaje y a la matanza? Si será conveniente atajar la